

VÍCTOR MANUEL MEROÑO VELA



MI QUERIDO AMIGO  
WINSTON



## CAPÍTULO I

1877-1898

Nací en una familia aristocrática, de las de rancio abolengo con Grandeza de España. Corría el año del Señor de 1877 y en casa mi nacimiento se celebró con júbilo y alegría, pues yo era el primer hijo varón de la familia, lo que suponía que quedaba garantizada la sucesión del ducado de San Telmo. Mis padres, Francisco Javier Martínez de la Oz y Ortiz de Zárate, y María Elena de Guzmán y Alonso Cano, ya tenían mi vida organizada desde mi más tierna infancia sin yo saberlo. Una vida que se correspondía con la de un noble heredero como yo.

Mis primeros años fueron felices, y nunca me faltó de nada. Yo era un niño jovial y divertido, que se pasaba el día corriendo y dando saltos y brincos con mis hermanas Marta y Beatriz por los jardines de palacio, jugando con los muchos juguetes que había en casa, y soñando con ser un personaje importante de la historia de España; político, militar o un investigador famoso. Estudié en el colegio de los jesuitas de Madrid, hasta que a los 18 años mi padre me comunicó que, como español, era mi deber acudir a defender a mi país en la guerra de la independencia de las colonias de Cuba y Puerto Rico, y que si era mi voluntad podría continuar con posterioridad la carrera militar. Yo obedecí, aunque poco convencido de lo que estaba haciendo, y me embarqué junto con un grupo de soldados en un barco de la Armada española con destino a la isla de Cuba, preparado para luchar por España y dejar bien alto el nombre del ducado de San Telmo.

Desembarqué en La Habana el 24 de noviembre de 1895, y del puerto me dirigí al asentamiento militar de Sancti Spiritus, al mando del cual estaba el general Suarez Valdés, a quién me presenté nada más llegar. Quedé impresionado por el ambiente de excitación de la tropa, y el sentimiento prebélico que se palpaba en el ambiente. Me acomodé en la tienda de campaña que me habían asignado, y deshice mi maleta con las cuatro cosas que me había traído, entre las que estaba el rosario nacarado que me

había dado mi madre, para que no me faltara la ayuda de Nuestro Señor, en la terrible situación que me había deparado el destino.

Era de noche, hora de cenar. Casi sin tiempo de descansar, nos comunicaron que a la mañana siguiente un destacamento de la tropa tenía que dirigirse a la zona del Arroyo Blanco donde, al parecer, habían empezado las escaramuzas entre nuestras tropas y un grupo de sublevados cubanos al mando del general Antonio Maceo.

Llegábamos a Arroyo Blanco el 29 de noviembre al atardecer. Yo no estaba asustado; pero me encontraba, probablemente, ante mi primer bautismo de fuego. Cogí fuertemente el rosario de mi madre y me preparé para lo peor. Ese día estuvo en calma, y yo respiré hondo. Al día siguiente la jornada continuó tranquila. A media tarde me comunicaron que esa misma noche se iba a celebrar, con el ánimo de recuperar la calma y la normalidad, el cumpleaños de un personaje ilustre que nos acompañaba en la expedición. Estábamos a 30 de noviembre, y la guerra nos daba una tregua que había que aprovechar.

—¿De quién es el cumpleaños, mi general?

—De un militar aristócrata inglés, que yo creo que está aquí más como corresponsal de guerra que como militar.

—¿Pero tiene una alta graduación, señor?

—No. Parece ser que se acaba de licenciar en la academia militar de Sandhurst como segundo teniente.

—Me han dicho que viene de una importante familia aristocrática inglesa.

—Sí, dicen que desciende directamente de los duques de Marlborough. Su padre fue miembro del Parlamento del Reino Unido y secretario de Estado para la India. Desgraciadamente, parece ser que ha fallecido recientemente, apenas hace unos meses.

—¡¡Descanse en paz!!

Me pidieron que me pusiera la ropa militar para acudir al cumpleaños del Sr. Churchill y que fuera puntual; se trataba de cumplir con la puntualidad británica. La casualidad quiso que me sentara cerca del homenajead. Mi ventaja era que yo hablaba un perfecto inglés, mientras la mayoría de los invitados no tenían ni idea. Sin duda esta pequeña diferencia me acercó al militar británico, con quien enseguida entablé conversación, que se fue alargando durante toda la noche. Era una persona extremadamente culta e inteligente, y yo me vi deslumbrado por su personalidad.

—Míster Churchill, discúlpeme si le pregunto...

—Por favor, llámeme Winston; en tiempos de guerra todos somos iguales.

—Bien, Winston, me han dicho que se ha hecho usted aficionado a los puros habanos que se fabrican aquí, en Cuba.

—Y le han dicho bien. Son un auténtico placer. Qué pena no haberlos descubierto antes. Es lo mejor que hay en su colonia. No pienso renunciar a ellos en toda mi vida.

Winston era evidentemente una persona muy preparada, un militar británico de academia, y no me quería quedar con las ganas de preguntarle cómo veía la situación actual en esta guerra de Cuba, y como creía que iba a terminar la contienda. Me miró fijamente, se pasó la mano por la cara y me contestó:

—Den la isla por perdida. Además de los rebeldes cubanos, van a tener un enemigo más fuerte contra quien no podrán luchar: los Estados Unidos.

—¿Los Estados Unidos en guerra contra nosotros?

—No lo dude ni un instante; Estados Unidos está interesado en Cuba y no dudarán en hacer todas las trampas que sean necesarias para declarar la guerra a los españoles y echarles de la isla.

—Espero que, en esta ocasión, sus previsiones sean erróneas, y no tengamos que luchar contra los americanos.

La entrada de los Estados Unidos en la guerra de Cuba el 15 de febrero de 1898 fue como represalia por el atentado contra el acorazado *Maine*, y su posterior hundimiento, que se pudo deber a una explosión ocasionada por un atentado, por un accidente fortuito, o debido a una acción premeditada de los americanos para poder justificar la declaración de guerra contra España, que tanto les interesaba para hacerse con la isla. Todo fue tal y como había profetizado nuestro amigo el corresponsal de prensa británico. Su entrada en la guerra precipitó la derrota de España, que se formalizó el día 12 de agosto de 1898. Habíamos perdido todos nuestros territorios de ultramar: Cuba, Puerto Rico y Filipinas, lo que provocó en España un terremoto socio-político que se alargaría en el tiempo y cuyas consecuencias, de alguna manera, continuarían durante muchos años.

Yo permanecí en Cuba hasta el final de la guerra. Cuando por fin volví a casa toda mi familia lo festejó. Mis padres, mis hermanas, el servicio de palacio. Mi padre estaba muy orgulloso de mí, a pesar de haber

perdido las colonias. Habían sido tres años muy difíciles que me iban a marcar para toda la vida.

Había llegado a casa a mediados de octubre de 1898 con la intención de tomarme un merecido descanso, pero mi padre no tenía esas perspectivas sobre mi futuro inmediato.

—Hijo, ahora te toca formarte y educarte tanto social como religiosamente, como es debido y como requiere tu linaje. Por eso quiero que sepas que a partir de primeros del año que viene vas a ir interno a la Universidad de los padres jesuitas de Deusto. Durante tres años te formarás adecuadamente y luego, si sigues con tu idea de dedicarte a la carrera diplomática, te conseguiremos un buen destino para que puedas desarrollar todos tus anhelos.

Yo tenía en mente escribir a mi amigo Winston Churchill para contarle cómo habían sido mis dos últimos años en Cuba, y recordarle que había acertado en todos sus vaticinios. Le imaginaba descansando en su palacio de Blenheim, y preparando alguno de sus viajes en los que poder disfrutar de su pasión como corresponsal de guerra. No sabía que en esos momentos estaba retenido como prisionero de guerra en Sudáfrica por culpa de los Boers, a pesar de lo cual consiguió escapar. Otra historia para contar del intrépido aristócrata inglés.